

PARÍS > NUEVA YORK > COPENHAGUE



Audrey Carlan

TODOS ES POSIBLE

1

Todo es posible

París

Nueva York

Copenhague

Audrey Carlan

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *International Guy. Volume 1 (Paris, New York, Copenhagen)*

© Audrey Carlan, 2018

© por la traducción, Lara Agnelli, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la portada, Sophi Guët

© de la fotografía de la portada, Shutterstock

Primera edición: marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20547-0

Depósito legal: B. 3.639-2019

Composición: Planeta Realización

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice



París	9
Nueva York	181
Copenhague	345



Me encantan las mujeres. Las jóvenes y las viejas; las altas y las bajas. Las empollonas ratas de biblioteca y las sensuales y explosivas. No le hago ascos a nada, ya sean altas y esbeltas o con unas buenas curvas a las que agarrarse. Menciona cualquier tipo de mujer y seguro que he tocado, hablado, besado y follado con alguna. Los filósofos dicen que todos tenemos un don, algo que nos hace únicos. ¿Cuál es el mío? Yo entiendo a las mujeres. Me llamo Parker Ellis y soy un cabrón con suerte.

A pesar de todo, la auténtica recompensa está en ser capaz de usar ese don para ayudar a los demás. Poder trabajar todos los días en algo que te apasiona no es muy normal. Al contrario. Yo me fijé como objetivo en la vida no trabajar ni un solo día en algo que no me apasionara. Y mi pasión son las mujeres. Todas las mujeres.

He descubierto que son criaturas complejas; no son fáciles de entender y no hay dos iguales. Precisamente por eso creé la empresa International Guy. El mundo está lleno de mujeres que necesitan la ayuda de un hombre fuerte, seguro de sí mismo y detallista, un hombre como yo.

Me llaman el Forjador de Sueños.

¿Deseas algo que parece imposible y tienes el dinero sufi-

ciente para hacer ese sueño realidad? Hablemos. Todo es posible si hay suficiente dinero, y yo soy la persona indicada para ayudarte a conseguirlo.

En International Guy nos ocupamos de atender las necesidades de nuestras clientas. Ninguna petición es demasiado exigente ni demasiado rara. Siempre y cuando no sea ilegal, la aceptamos.

Empecemos por el equipo. Dicen que hace falta una aldea entera para criar a un niño; en el caso de International Guy, nos encargamos mis dos colegas y yo. Bogart *Bo* Montgomery y Royce Sterling. Conozco a estos caballeros desde el primer año de facultad en Harvard; desde el primer día formamos un trío de malotes.

Desde siempre quise hacer algo importante con mi vida. Mi padre me decía que, si quería llegar a algo en la vida y ganar más que ellos, tenía que tomarme los estudios en serio. Él era camarero y mi madre bibliotecaria, así que, sí, definitivamente, quería ganar más que ellos. No es que me faltara de nada en la infancia. Mis padres me querían y me apoyaban. Crecí sin problemas: no escaseaba la comida y siempre tuve ropa que ponerme, pero tampoco es que fuéramos sobrados de dinero. Era raro que pudiéramos permitirnos algún extra.

Me crie en las afueras de Boston, donde los Red Sox marcaban su ley y los Patriots eran los reyes absolutos. Nuestra casa, de ladrillo, era pequeña pero cálida. Más que pequeña podríamos decir que era diminuta. Sólo tenía dos habitaciones, así que mi hermano y yo compartimos cuarto durante toda la vida. Mi madre siempre dice que eso nos unió. No obstante, yo no acabo de estar muy convencido de ello porque, en cuanto se

graduó, mi hermano se alistó en el ejército y allí sigue, dedicado a la carrera militar. Estamos tan unidos como pueden estarlo dos hermanos que viven en continentes distintos.

Mi relación con Bo y con Royce es todo lo contrario. Daría mi vida por ellos, y sé que ellos harían lo mismo por mí. Nuestro vínculo se basa en el trabajo duro, la solidaridad y la amistad verdadera. En nuestro caso, el truco para lograr una amistad duradera fue que deseábamos las mismas cosas al mismo tiempo.

Mujeres.

Dinero.

Poder.

Los tres seguimos una serie de reglas que aplicamos tanto a nuestra amistad como al negocio: siempre tenemos en cuenta los intereses de los otros dos, actuamos con la honestidad por bandera y nunca follamos con la misma mujer. Jamás.

Hace ya casi cinco años que nos embarcamos juntos en la empresa y, cada día que pasa, los contratos que cerramos son de más categoría. Nuestro modelo de negocio es sencillo, basado en el lema «Divide y vencerás», aunque unimos fuerzas cuando es necesario. Si uno de nuestros clientes tiene un problema para el que uno de los tres está mejor preparado que los demás, ése es el elegido para llevar a cabo la misión.

Por ejemplo, Bo es nuestro gurú del amor residente. La mayoría de nuestras clientas se enamoran de él hasta las tetas, pero es que, además, él las ayuda a encontrar el amor. Su experiencia seduciendo al sexo opuesto no tiene rival. Royce y yo nos defendemos, pero nada comparable con el talento de Borgart. Si una clienta necesita sacarle brillo a su *sex-appeal*, avisa-

mos a Bo. Si necesita un acompañante que quede vistoso a su lado para cerrar un trato comercial, también. Bo es un camaleón; puede ser cualquier cosa que una mujer necesite.

Luego está Royce, el gurú del dinero. Todo lo que toca lo convierte en oro. Es capaz de detectar cosas en las cifras sin despeinarse, como, por ejemplo, cambios de tendencia financiera, en la Bolsa, en la economía mundial y todo lo que tenga relación con el dinero. Roy nos hizo a todos muy ricos desde muy jóvenes. Gracias a él pudimos establecer nuestro propio negocio menos de una década después de salir de la facultad. Si una clienta tiene problemas económicos o necesita un cambio de enfoque en su negocio, enviamos a Roy.

Y ¿yo qué? Yo soy un tres en uno, valgo un poco para todo. Mi talento especial consiste en comprender a las mujeres. Sé captar lo que las motiva, lo que necesitan, lo que realmente se esconde detrás de su demanda específica.

Puede ser que una mujer nos pida una consultoría amorosa, pero en realidad ella ya tenga a un candidato en mente y lo único que necesite sea un empujón. O tal vez tengamos que hacer que ese hombre se dé cuenta de que ella existe. O ayudarla a que se sienta más segura de sí misma. O tal vez necesite ayuda para encontrar al hombre adecuado. En cualquier caso, mi misión es llegar hasta el fondo de sus necesidades.

Cuando Bo, Royce y yo decidimos establecer nuestro propio negocio después de licenciarnos en Harvard, todos aportamos nuestra parte. En aquel momento, mi aportación consistió en el plan de negocio, el concepto y la filosofía empresariales. Los tres acordamos que me recompensarían esa contribución con un uno por ciento más que mis colegas. Es decir, que ellos son

los propietarios del treinta y tres por ciento del negocio y yo del treinta y cuatro, lo que me convierte en el jefe. Yo me encargo de las operaciones del día a día y viajo casi tanto como ellos, ya que me ocupo de la primera toma de contacto con las clientas. Durante los últimos cinco años nos hemos convertido en una máquina bien engrasada. No hay nada comparable con ser el amo de tu propio destino, y eso es lo que los tres hemos encontrado en International Guy.

El bar de mi padre tiene luces de neón verdes. Cuelgan de los toldos e iluminan las aceras, dándoles un brillo fantasmal, como de luz de plasma. Mientras rodeo el edificio hasta llegar a la puerta principal pienso en que le he dicho una y mil veces que cambie la iluminación, pero no le da la gana. Dice que le confiere al local un aire de misterio, pero es que el Lucky's no necesita intriga; lleva cincuenta años abierto y nunca le ha faltado clientela. Desde los inconfundibles hombres de negocios con sus trajes y corbatas hasta los obreros con sus gorras de los Red Sox. Este lugar es como mi segunda casa; aquí me he criado desde que empecé a andar. De pequeño, mi padre me traía al bar cada día al salir del colegio. Me sentaba en un taburete y se pasaba la tarde contándome cosas de la vida mientras yo hacía los deberes hasta que mamá salía de trabajar.

Cuando fui lo bastante mayor para colaborar, me hacía fregar los vasos, limpiar las mesas, barrer la acera o sacar la basura. Nunca me importó hacerlo, sobre todo porque me lo recompensaba con algo de dinero que yo me gastaba siempre en alguna chica.

Aparte de su familia, este bar lo es todo para mi padre. Y precisamente por eso fue lo primero que adquirí cuando International Guy empezó a generar beneficios. El día que fui capaz de comprárselo a su dueño y de ponerlo a nombre de mi padre fue uno de los más felices de mi vida. Nunca lo olvidaré, por muchos años que viva. Mi padre siempre ha sido un tipo orgulloso, pero jamás lo he visto tan orgulloso de mí como el día en que le entregué la escritura a su nombre.

No lo hice por eso. Lo hice porque formaba parte de mi plan. Me gradué en el instituto con las mejores calificaciones, además de ser una estrella del béisbol; continué los estudios en Harvard con una beca, obtuve la licenciatura con honores, fundé mi negocio y luego devolví un poco de lo mucho que había recibido a mi padre, el hombre al que admiro y al que admiraré hasta que uno de los dos deje de respirar. Él podría haberse negado a aceptar el bar, pero lo aceptó con orgullo y amor. Ése es el hombre que me enseñó a ser como soy.

En la actualidad, los chicos y yo siempre celebramos los casos en el Lucky's tomando cervezas frías y cacahuets y, si ha sido una jornada especialmente positiva, con un buen plato de *fish and chips* regado con vodka. Depende del día y del caso. Esta noche, el caso es de los grandes, por eso los he citado aquí. Va a ser el caso más lucrativo de los que hemos atendido hasta ahora. Esta clienta nos supondrá unos beneficios equivalentes a lo que ganaríamos en un mes, o más. Sin embargo, quiere algo a cambio: total disponibilidad, y eso es algo que no solemos ofrecer.

Me estremezco mientras agarro el tirador de hierro forjado y abro la sólida puerta de madera que da acceso al Lucky's. El

local está abarrotado, y eso que son las siete de un martes. Miro a mi alrededor, contemplando las vigas de caoba y los reservados con bancos altos que recorren la pared, separados por mamparas de cristal tintado. Durante la tarde y las primeras horas de la noche, el pub sirve algunos platos, cosas para picar mientras uno se toma unas cervezas o ve el partido de los Red Sox o los Patriots.

Mi padre está detrás de la barra, con su camisa de franela, como siempre. La de esta noche es azul, y debajo lleva una camiseta térmica blanca. Se ha echado un trapo sobre el hombro. Cuando entro levanta la cabeza y me dirige una sonrisa. Tiene cincuenta y cinco años, muy bien llevados. Tiene algunas canas, pero lo que más llama la atención de él es su sonrisa brillante, la misma que hace que los clientes siempre vuelvan en busca de alguna de sus perlas de sabiduría. Los camareros actúan muchas veces como psiquiatras. Mi padre siempre bromea diciendo que se equivocó de carrera.

Lo saludo y me dirijo a la mesa de la parte trasera del local donde nos sentamos siempre. Desde que mi padre es el dueño, mantiene esa mesa libre en todo momento, reservada para los miembros de la familia. Es donde se toma un respiro de vez en cuando o donde mamá lee cuando le apetece estar a su lado pero sin molestarlo. Y es donde mis «hermanos de madres distintas» y yo nos reunimos para relajarnos después de una larga semana de trabajo o de un caso particularmente duro.

—Eh, Park, ¿cómo la llevas, tío? —me saluda Bo mientras me acerco. Viste su cazadora de cuero negro favorita sobre una camiseta ajustada, vaqueros del mismo color y botas de motorista.

—Me cuelga hasta las rodillas, tío, como siempre.

Royce se levanta y su piel de color chocolate brilla a la luz de la lámpara del techo. Me ofrece la mano y el ónix negro de un gemelo asoma bajo la manga de su traje hecho a medida. Su sonrisa es tan amplia como brillante.

Le estrecho la mano y, además, lo saludo con varias palmadas en la espalda.

Mientras tomo asiento, mi padre se acerca y deja una pinta de cerveza sobre la mesa.

—He traído algo nuevo. Es una Sculpin IPA, de la casa Ballast Point. No es de por aquí, es de San Diego, pero la encuentro jodidamente buena. Ya me diréis qué os parece.

—Claro, papá. Gracias.

—De nada, hijo. Chicos, ¿otra ronda?

—Yo estoy bien. —Bo le da un trago a su cerveza, que aún está por la mitad.

—Sí, gracias. Otro whisky, sin hielo, señor —responde Royce.

Mi padre responde con una inclinación de barbilla antes de irse a atender otras mesas.

—¿Y bien?, ¿quién es esa clienta misteriosa de la que quieres hablarnos? —Bo, como siempre, directo al grano.

Doy un trago a la cerveza helada y paladeo las notas cítricas con la lengua antes de pasármela por los labios y suspirar, librándome de la tensión del día y dejando que la sensación de estar en casa se apodere de mí.

—Hemos recibido la llamada de una heredera.

Bo hace girar su cerveza.

—¿Cómo?

—Hace un rato he recibido la llamada de Sophie Rolland.
Royce suelta un silbido.

—¡Joder! ¿La auténtica Sophie Rolland?

Asiento con la cabeza y doy otro trago a la refrescante IPA.

—¿Quién coño es Sophie Rolland? —pregunta Bo con el ceño fruncido. Tiene ese punto de tipo duro que vuelve locas a las mujeres, pero a nosotros no tanto. A él lo que le molesta es no estar al corriente de todo.

Royce levanta una ceja, oscura y marcada, y fija la mirada en nuestro socio.

—Sophie Rolland es la heredera del imperio empresarial Rolland Group. Son los dueños de la empresa de perfumería más grande de Francia. Según mis últimas informaciones, la compañía vale miles de millones. Tendría que consultar los últimos datos.

—Y ¿a nosotros eso cómo nos afecta? —lo interrumpe Bo.

—El viejo Rolland acaba de morir de un ataque al corazón —replico sin emoción. No lo conocía en persona, así que la noticia no me ha afectado.

—No me digas... —A Royce se le abren mucho los ojos y alza el vaso de whisky hacia el cielo—. Salud —murmura, y vacía el contenido de un trago. La nuez se le mueve arriba y abajo por el esfuerzo—. ¡Jo... der!

Yo no lo habría expresado mejor. Sacudo la cabeza y sonrío.

—*Sip.*

—¿Qué me he perdido? ¿Alguien podría informarme? —refunfuña Bo, cada vez más molesto con nosotros.

—Sophie Rolland pasará al mando del negocio. —Doy otro trago mientras espero a que se sitúe.

—Y ¿no sabe distinguir un perfume de la flor que tiene en el culo? —insiste, haciéndonos reír a Royce y a mí.

—No exactamente. Al parecer, lo suyo son los aromas; es un talento que se pasan de padres a hijos en su familia. Sin embargo, lo de dirigir una empresa, ser la jefa y que no se note que no tiene ni idea es otra historia. —Alzo mi copa hacia Royce, que me sonrío.

—Y ¿quién mejor que nosotros para ayudarla a tomar el timón de la compañía tras la muerte de su padre? —aporta Royce.

—Ah, ya os sigo. —Bo sonrío.

Mi padre nos trae otra copa para Royce y otro botellín para Bo, anticipándose a sus necesidades.

—¿Qué tal está la IPA?

—Buenísima, muy refrescante. Me gusta, creo que funcionará muy bien entre tus clientes.

Papá le da una palmada a la mesa.

—¡Eso era lo que quería oír! Gracias, hijo. —Se aleja apresurado a servir otras mesas.

—¿Cuál es la oferta inicial? —pregunta Bo.

Normalmente el cliente nos hace una oferta inicial con el precio que cree que merecen nuestros servicios. Nosotros consideramos su oferta y, si estamos de acuerdo, la aceptamos y, si no, aumentamos la cantidad. Esta cantidad ya vino grande desde el principio.

—Entre un cuarto y medio millón, dependiendo del tiempo que necesite nuestros servicios —respondo como quien no quiere la cosa, aunque estoy tan nervioso que las entrañas se me mueven a la velocidad de la luz—. Además, corre con todos los gastos: vuelos, comidas, consultores externos, reformas...

Los dos hombres guardan un silencio sepulcral. Cada uno puede oír la respiración de los otros dos en la privacidad del reservado.

Como de costumbre, Royce es el primero en romper el silencio.

—¿En quién has pensado? ¿Cuáles son sus principales necesidades?

—Por esa cantidad de dinero, vamos a ir los tres. Tú te ocuparás de asesorarla en los temas financieros y en los temas de empresa cuando llegue el momento. Bo se encargará de hacer milagros con su guardarropa y su *sex-appeal*. Yo la ayudaré a ganar confianza y a moverse en entornos de negocios.

Bo se tira de la perilla, que lleva combinada con un bigote. Ahora lleva el pelo bastante corto por los lados y escalado por arriba. Yo también lo llevo escalado, pero más largo. Mi pelo es castaño claro y me lo suelo peinar hacia atrás, con un poco de gel. Las mujeres siempre me dicen lo mucho que les gusta mi pelo, aunque a mí lo que me gusta es cómo lo agarran, tirando de las raíces mientras yo hundo la cara entre sus piernas.

Bebo un poco más de cerveza mientras espero sus reacciones. Bo se saca el teléfono del bolsillo y teclea algo. Frunce los ojos y desliza el dedo varias veces por la pantalla.

—Sí, es mona, pero muy sosa. La mayoría de las fotos que salen son antiguas, de cuando era adolescente. Aquí dice que tiene veinticuatro años y que acaba de salir de la universidad.

—Exacto. Y no sólo está de luto por el único progenitor con el que se crio, sino que además le ha caído el problema de dirigir la empresa. —Miro por encima de su hombro para ver la imagen de nuestra clienta. Está al lado de su padre, en una con-

ferencia de prensa. Es alta y esbelta; lleva un vestido negro, sencillo; el pelo peinado con la raya en medio y no lleva maquillaje.

Debajo de toda esa sencillez se oculta un bellezón, estoy seguro de ello, y por cómo la está mirando Bo —inclinando la cabeza y examinándola como si fuera una de sus modelos fotográficas—, él también se ha dado cuenta. Juntos encontraremos la manera de hacerla brillar.

—Podría decirle al director financiero que se ocupara de todo. —Royce da golpecitos en su copa con el dedo índice.

—Podría, pero por la conversación que hemos mantenido, diría que siempre ha tenido la intención de ocuparse del negocio familiar en persona. Ahora más que nunca quiere demostrarle al mundo de qué pasta está hecha. Es la clienta perfecta. Tiene dinero para rellenar una catedral, belleza escondida debajo de esos trapos sin gracia y un negocio escandalosamente rentable. Sólo nos necesita para que la ayudemos a llegar a lo más alto. —Apoyo el puño en el centro de la mesa—. ¿Qué me decís? ¿Aceptamos el desafío de París o no?

—¿Tenemos que ir a París? —pregunta Royce.

—*Sip*. —No oculto mi sonrisa.

Bo alza el puño y toca el mío.

—Por esa cantidad de dinero aceptamos el desafío que haga falta —dice riendo.

—¿Por qué no? He estado dándole vueltas a la idea de comprarme un Porsche 911 descapotable. Esta clienta hará que mi bebé plateado esté mucho más cerca de convertirse en realidad.

—Royce se besa el puño.

Yo pongo los ojos en blanco mientras Bo gruñe.

—Tú y tus coches, tío. Si estás con nosotros, levanta el puño. Royce obedece y los tres los hacemos chocar.

—Nos vamos a París —digo.

—Nos vamos a París —repiten ellos dos.

París es precioso en primavera. Y no es sólo un refrán, es la pura verdad. Hay cerezos en flor, el Sena está rebosante de barcos que se desplazan de un lado a otro y las mujeres van todas con faldas y vestidos. Dios, cómo me gustan unas buenas piernas al aire. Es como un bufet libre de piel suave que espera ser besada y acariciada. Y esos bufets están por toda la ciudad.

—La torre Eiffel, tío. ¡Está ahí mismo, joder! —Bo señala por la ventanilla de la limusina que la empresa ha enviado al hotel para que nos recoja.

Sophie Rolland no ha escatimado en el alojamiento ni en el servicio. La empresa nos ha reservado tres suites completas, una para cada uno, en un hotel de cinco estrellas. Están equipadas con neveras donde hay comida precocinada y todo tipo de utensilios de cocina, en previsión de que nuestra estancia se alargue. Con un servicio como éste, lo que va a ser difícil será convencer a Bo para irnos de aquí algún día. Los tres somos solteros convencidos, pero lo de Bo ya está a otro nivel.

A mí al menos me gusta volver a casa, pasar tiempo en mi apartamento, ir a ver a mis padres o batear unas cuantas bolas con compañeros de trabajo de vez en cuando. Pero Bo podría pasarse la vida entera viajando por el mundo sin tener la necesidad de volver a casa. Tiene un apartamento en el mismo bloque que yo, pero casi nunca se pasa por allí.

—Es más pequeña de lo que imaginaba. —Royce también mira por la ventana.

Echo un vistazo por los cristales tintados de la sección central de la limusina.

—Pues a mí me parece bastante grande. Recia. Sólida. Básicamente, tal como me la imaginaba. A los franceses se les da bien lo de crear estructuras artísticas, como la estatua de la Libertad o el Cristo Redentor de Brasil.

Bo frunce el ceño.

—¿Hicieron el Cristo de Río?

—Sí, lo aprendí en clase de comunicación internacional. Eh, tú también estabas en esa clase, tío.

Bo sonríe como un canalla.

—Me temo que estaba más concentrado mirando a Melissa Thompson y calculando el tiempo que me llevaría colarme bajo sus bragas que aprendiendo detalles sobre esculturas modernas.

Royce se tapa la boca con la mano y se echa a reír.

—Siento que perdieras el tiempo. Me tiré a Melissa a las dos semanas de empezar las clases. Y fue una de las chicas con las que más veces repetí durante el segundo curso.

Bo me mira entornando la mirada.

—¡Mierda! ¿Por eso nunca me dejó entrar? Esa chica jamás se mostró interesada en mí; lastimó mi confianza. —Pone morritos y comprendo que las mujeres siempre se enamoren de él. Hasta yo me siento tentado de hacer algo para que vuelva a sonreír—. Muchas gracias, tío. Podrías haberme avisado de que te la tirabas.

Yo niego con la cabeza.

—Era demasiado divertido verte ir detrás de ella y fracasar una y otra vez. Considéralo una lección de humildad gratuita, tío.

Bo hace un ruido a medio camino entre un gruñido y un resoplido.

—¿Humildad? ¡Bah!

El vehículo se detiene bruscamente frente a un gran edificio. Bajamos del coche y nos recibe una mujer diminuta con una melenita recta de color castaño y una sonrisa sincera.

—¿El señor Ellis? —pregunta dirigiéndose a los tres.

Levanto la mano y avanzo hacia ella.

—*Bonjour*.

Se ruboriza un poco mientras se acerca a mí y me besa en las mejillas, sin tocarme.

—Soy Stephanie Moennard, la asistente de la señora Rolland, y me ocuparé de todas sus necesidades durante su estancia aquí.

Le paso un brazo alrededor de los hombros para decirle al oído:

—¿De todas nuestras necesidades? —Le guiño el ojo y su rubor pasa de rosado a rojo intenso. Le aprieto el hombro y me vuelvo hacia los chicos—. Él es Bogart Montgomery y él Royce Sterling.

—Encantada. Sí, bien, síganme. La señora Rolland tiene muchas ganas de conocerlos.

Nos conduce por una escalera hasta un ascensor de paredes transparentes. Subimos a la octava planta y, una vez allí, recorremos un montón de pasillos. Llama a una puerta que podría tener quinientos años por el ruido que hace cuando la abre con gran esfuerzo.

Los tres la seguimos y nos encontramos con una oficina sorprendentemente grande. Una morena de aspecto tímido cuelga el teléfono, se levanta y sale de detrás de su mesa de despacho. Lleva un vestido negro, liso, que muy bien podría haber sido comprado en un puesto de ropa de segunda mano y que no sienta bastante mal. Mientras se acerca, el tacón se le engancha en la alfombra persa y sacude los brazos como si fuera un molino al perder el equilibrio.

Con reflejos felinos, la sujeto por el brazo y tiro de ella, pegándola a mi pecho para impedir que se caiga. Luego le paso el otro brazo por la cintura para estabilizarla.

Ella ahoga una exclamación y una bocanada de aire escapa de sus morritos fruncidos. Unos ojos de color chocolate me miran a través de unas pestañas escandalosamente espesas y largas. Tiene la barbilla redondeada, el complemento perfecto para su nariz larga y delgada. Sophie Rolland no lleva ni una gota de maquillaje encima y, sin embargo, su piel tiene un ligero brillo bronceado. Sigue llevando la raya en medio. Su melena, larga y castaña oscura, no tiene vida ni gracia. A pesar de todo, por poco que uno se fije, se da cuenta de que es un auténtico diamante en bruto.

Sonrío, la sujeto por la nuca, hundo los dedos en su melena espesa y uso el pulgar para animarla a que levante la cara y me mire. Ella aparta la mirada con timidez. Una fragancia deliciosa flota a su alrededor mientras la mantengo sujeta. Me inclino hacia su cuello y lo recorro con la nariz, aspirando hondo y capturando la esencia de su aroma. Gimo con la nariz pegada a su piel, para que no le queden dudas de lo mucho que me gusta su olor.

Las mujeres necesitan saber que no importa la ropa que visitan, el maquillaje que lleven o el peinado que se hagan, hay algo en ellas capaz de captar la atención de un hombre. En mi caso, esto queda más que demostrado, porque su aroma me está volviendo loco. Se me hace la boca agua y tengo que esforzarme mucho para no probar su piel con los labios. Cuando me aparto, ella suspira y abre los ojos, pestañeando casi como si acabara de despertarse.

Royce tose a mi espalda y Bo se aclara la garganta, pero no me vuelvo hacia ellos ni la suelto. Ella es lo importante; este momento es importante. Estos segundos marcarán el tono de nuestra relación a partir de ahora, y tengo la sensación de que dentro de muy poco tiempo esta mujer y yo vamos a convertirnos en mucho más que conocidos de trabajo. Me apostaría mi cuenta corriente, pero no es momento de apuestas; tenemos trabajo que hacer.

La agarro un poco más fuerte, dejando que note mi cuerpo pegado al suyo, desde el pecho hasta las rodillas, antes de sellar el trato.

—*Ma chérie*, creo que eres la mayor preciosidad con la que he tenido el placer de trabajar. Me muero de ganas de demostrarte que eres una auténtica obra de arte.